



Libros  
del malabarista

Ediciones Colihue

P2 A 21

María Inés  
Falconi

# Los hermanos no son cuento

GRATUITA • PROHIBIDA SU VENTA / EN CASO DE VENTA, DENUNCIAR AL TEL. 0800.999.3672

282

L  
7

MATERIA



Ministerio de  
Educación

Presidencia de la Nación

Inventario: 6427



**María Inés Falconi**

# Los hermanos no son cuento



Libros  
del malabarista

Ediciones Colihue



## Carta a los chicos



Esto de presentarme es para mí mucho más difícil que escribir cuentos o atajar un panqueque en el aire.

Porque... ¿qué les cuento?... Si les cuento qué cosas escribí, a lo mejor quieren saber cuántos hijos tengo... si les cuento que tengo dos hijos, Juan Pablo de 15 y Santiago de 13, a lo mejor quieren saber a qué hora escri-

bo... si les digo que a la tarde, cuando todos se van a la escuela, y mis perras duermen la siesta y hay mucho silencio, a lo mejor quieren saber dónde vivo... si les digo que en una casa grande, de las de antes, con patios y plantas, a lo mejor quieren saber cuál fue mi primer libro... si les digo que no fue un libro sino una obra de teatro que se llama *Tornillos flojos*, a lo mejor quieren saber qué otras cosas escribí... si me pongo a nombrar algunas, como *Chau*, *Sr. Miedo*, o *Caídos del Mapa*, o *Hasta el Domingo*, o *Mentiras de Grandes*, o *Niños*, *las brujas no existen*, o... seguro que se aburren, y entonces van a querer saber cuál de todas me gusta más...

Y ahí sí, no voy a saber qué

contestar, porque nunca puedo contestar esa pregunta.

Entonces... ¿qué les cuento? ¿Que me gustan los helados de chocolate y limón?... Sí, eso me parece lo mejor.

*María Luján*



## **Hermanita**

### **Historias de Nicolás y su hermanita Malena**

Material de distribución gratuita.

Una noche, mientras cenábamos en la mesa de la cocina, mi mamá y mi papá no reaccionaron como siempre ante mi “solo” de cuchara contra la tapa de la sillita alta.

Normalmente, ellos primero me pedían la cuchara, después me retaban, después me amenazaban, y por último me la quitaban sin más ni más.

Eso me daba la oportunidad de comer el puré con la mano, que era exactamente lo que yo quería. No hacía mucho que había descubierto que la única forma

de hacerlo sin que me retaran, era molestando con la cuchara: ellos me la quitaban, y yo comía con la mano tranquilamente. Hasta ahora, siempre me había dado resultado.

Pero esa noche no funcionó. Llevaba golpeando toda la comida, y nada. Probé tirando la cuchara al piso varias veces, pero mi papá la levantaba, y me la volvía a dar.

Eso no era educarme bien. Dejé la cuchara junto al plato y comí mi puré con la mano. Nadie me dijo nada. Se ve que esa noche yo no les importaba.

Mi mamá y mi papá seguían hablando en ese idioma que sólo usaban para hablar entre ellos, y que era muy distinto al que usaban conmigo. Entre ellos hablaban del chupete, del agua y

del perro; y conmigo, del pete, del aba y del guaguau. Ellos viajaban en auto, y yo en tutú. Yo comía papa, y ellos comían pollo, zapallitos, fideos y no sé cuántas cosas más.

Bueno, esa noche, ellos hablaban con palabras bien difíciles:

—Percibe —dijo mi mamá cuando yo tiré la cuchara.

—Está excitado —dijo mi papá cuando yo golpeaba la mesa.

Y como yo había dejado de percibir y de estar excitado, y estaba comiendo el puré con la mano, pude escuchar que mencionaban al doctor, la cuna, otra habitación, la nena, después el nene, después el verano y después algo que me tenían que decir.

Ahí me miraron. ¡Por fin se habían acordado de mí!

¡Zas! pensé cuando los vi tan



serios, ahora viene el reto por el puré. Saqué la mano del plato y la sacudí para que me quedara limpita. No fue una buena idea. Una lluvia de puré salpicó mi ropa, mi pelo, el piso, la mesa y hasta la camisa de papá. Antes de poder escuchar el reto, me largué a llorar.

Pero no hubo reto, porque según decían, yo seguía percibiendo y estando excitado. ¡Hasta un beso me dieron, mientras me sacaban el puré de los ojos! Era una noche rara.

—¿Te gustaría tener un hermanito? —preguntó de golpe mi mamá.

No... sí... más o menos... qué sé yo...

—Ta —le contesté por decir algo.

Nunca había tenido un hermanito, no sabía si me gustaba tener uno. Si me hubieran preguntado:

“¿Te gustaría tener una pelota?”... hubiera dicho que sí, porque ya tenía una que me gustaba mucho.

“Te gustaría tener un triciclo?”... Sí, porque mi primo Pablo tiene uno, y mi papá me lleva para que pueda andar.

Pero un hermanito... Bueno, mi primo Pablo tiene uno que está en una canasta, pero no me lo presta. Dice que se puede romper.

No, no quería un hermanito, porque se rompe y no se puede jugar con eso.

— Bueno —decía mi papá— a lo mejor es una hermanita, no sabemos.

Eso era distinto. A lo mejor las hermanitas no se rompían.

Como quería ver enseguida al hermanito o a la hermanita, pedí que me bajaran de la silla y fui derecho a mi cuarto en busca del paquete. Una hermanita tenía que venir en un paquete grande, más grande que los regalos de Navidad, un paquete casi tan grande como yo. Pero en mi cuarto no había ningún paquete. Tampoco en el ropero, ni en el cuarto de mi mamá, ni en el baño, ni en el living.

Cuando estaba por salir al balcón, me di cuenta que mi mamá y mi papá me seguían.

—Dame —les dije, un poco enojado con ese juego tonto de esconderme los regalos.

Pero no me entendían, o se

hacían los que no me entendían.

—Dame —volví a decir casi a punto de llorar.

—¡Dame “manito”! —y para mi sorpresa mi mamá y mi papá se echaron a reír.

Fue entonces cuando me dijeron que el hermanito estaba en la panza de mamá.

Volvieron a reírse de mí cuando yo le levanté la remera a mi mamá para encontrar el paquete. Pero tampoco estaba ahí, porque según me explicaron el hermanito estaba “adentro” de la panza.

Me resultaba difícil creer que mi mamá se hubiera comido un hermanito, porque no tenía la boca tan grande.

Me dijeron que tenía que estar ahí un montón de tiempo para que crezca.

¡Pobre mamá!... ahora iba a tener muchísima hambre, porque parece que para poder crecer, el hermanito se iba a comer toda la comida de ella, hasta los caramelos. Y cuando estuviera bien, bien grande, iba a nacer, porque mi mamá lo iba a vomitar otra vez por la vagina.

Ahí entendí un poco más, porque yo también, una vez, cuando me dolía la garganta, me había enfermado de vagina, o algo así, y había tenido fiebre, y había vomitado.

Mi mamá también tenía que ir al doctor, como yo. Pero yo no vomitaba hermanitos porque era varón. Para vomitar hermanitos hay que ser mamá.

A partir de ese día todos hablaban del hermanito, compra-

ban cosas para el hermanito, tejían zapatos para el hermanito, pintaban la pieza para el hermanito... pero el hermanito no aparecía... y la hermanita tampoco.

Mi mamá me explicaba que todavía estaba en la panza.

—Poné la manito, vas a ver cómo se mueve —me decía.

Y yo apoyaba la mano, y me gustaba tocar la panza calentita de mi mamá, pero aunque apretara fuerte, un poquito fuerte, nada más, no encontraba a ningún hermanito moviéndose. A veces apoyaba la oreja también, pero nunca lo escuché hablar. Ni llorar tampoco.

La panza de mi mamá se puso tan gorda, pero tan gorda, que mi mamá no se podía ni agachar,

ni ponerse los zapatos, ni hacerme upa, ni juntar mis juguetes, ni nada. Pero el hermanito no aparecía.

Una noche, mi papá me despertó y me dijo:

—Mamá y yo vamos a ir al hospital porque va a nacer el hermanito. Te vamos a llevar a la casa de la abuela.

Antes que yo pudiera protestar, ya estábamos en el auto, mi mamá, mi papá, yo, y un bolso enorme que yo sabía que era el bolso del hermanito.

Mi abuela nos estaba esperando en la puerta, en camión. Todo era muy raro. Todos hablaban muy rápido y se movían más rápido todavía. Mi mamá y mi papá me dieron un beso, mi abuela me agarró en brazos y ahí me

quedé, diciéndole chau con la mano al auto que se iba. Entonces me puse a llorar.

Mi abuela, que estaba más asustada que yo, sacó todos los juguetes, se sentó en el suelo en camión (cosa que no hacía jamás), me dio caramelos (cosa que hacía siempre), y todo el tiempo me decía que “papá enseguida viene” (cosa que yo ya sabía) y que “fueron a buscar al hermanito” (cosa que yo también sabía).

Pero nada me hacía dejar de llorar, porque lo único que yo quería era que me dieran a mí el paquete con el hermanito.

Cuando a la mañana siguiente me desperté, ahí estaba mi papá con un paquetito en la mano.

¡El hermanito!, pensé. Lo abrí

apurado, y me encontré con un autito a pilas. Menos mal, no me hubiera gustado tener un hermanito que pudiera entrar en esa caja tan chiquita.

¿Por qué me habrían regalado un auto?... No parecía mi cumpleaños. Mi papá estaba realmente distraído.

Y mi abuela también, porque me vistió, me perfumó y me peinó tanto, que parecía en serio que íbamos a una fiesta de cumpleaños.

Pero no: sólo íbamos a ir a ver a... ¡LA HERMANITA!!!

Las hermanitas son las que no se rompen, pensé, y me puse contento.

Mi mamá estaba en la cama. Era raro, porque no era la cama de mi casa, era la cama del hos-

pital. Ahora íbamos a vivir todos en el hospital. Había también una cama para mi papá, y una cama muy chiquita para mí. Demasiado chiquita.

Mi mamá me dejó subir a la suya, y me dio una galletita con mermelada que tenía en una bandeja, porque en esa casa nueva no había mesa para comer.

Pero yo no quería galletitas, no quería ni siquiera meterme en la cama con mi mamá, que siempre me gustaba tanto. Yo quería a la hermanita, o a la bebita, o a Malena, porque se la podía llamar así también.

Entonces mi papá me llevó a verla. Fuimos a un negocio, con una vidriera muy grande y ahí... adentro... ¡HABÍA UN MONTÓN DE HERMANITAS! ¡Con razón mi mamá

tenía una panza tan gorda y un bolso tan grande!

Mi papá saludaba con la mano a las Malenas, y yo también. Eran todas Malenas que iban a vivir con nosotros en la casa nueva del hospital.

Pero yo no me quedaba a vivir ahora, porque mi mamá tenía que darle la teta a las Malenas. A mí me llevaron otra vez a la casa de mi abuela... llorando.

Pasaron muchos días. Yo comía en la casa de mi abuela, pero dormía en mi casa, con mi papá, pero sin mi mamá que vivía en el hospital con las Malenas.

Cuando ya me había acostumbrado a ese lío, cambió todo otra vez. Mi papá, mi mamá y yo nos

fuimos otra vez a vivir a mi casa, pero con una sola Malena.

La pusieron en una canasta, igual que al hermanito de Pablo.

Desde que llegó a mi casa, Malena duerme. Yo voy a verla, y duerme, voy a verla de nuevo, y duerme. Después toma la teta, y duerme. Y llora, llora, llora. Y toma la teta y duerme y llora, llora, llora.

Cuando duerme, no la puedo tocar porque se despierta y llora. Cuando llora, no la puedo tocar porque llora más. Y cuando come, no la puedo tocar porque también llora.

Cuando me pregunten otra vez si quiero tener un hermanito, ya sé lo que tengo que contestar:

—Un hermanito puede ser,  
pero una hermanita no, porque  
no la puedo tocar porque se  
rompe y llora. Mejor, compráme  
un triciclo.



## **Mi hermano y la guerra del pis**

**Historias de Lucas  
y su hermanito Matías**

Desde hace millones de años, o tal vez más, el pis ha sido siempre un problema para los seres humanos. Mejor dicho: hacerse pis encima ha sido siempre un problema para los seres humanos.

Es que el pis es muy buchón: deja inevitablemente un charquito que todo el mundo ve, y que después de verlo, también inevitablemente, todo el mundo se ríe... o lo reta a uno... o peor aún, le dicen “¡pobrecito!”... como si hacerse pis encima fuera una enfermedad incurable.



Pero el pis peor es el pis de los hermanos chiquitos, porque uno se tiene que aguantar al hermano, a sus charcos y a la mamá del hermano, que es la misma que la de uno, y que se pone realmente nerviosa.

Cuando mi hermano creció lo suficiente para caminar por la casa sin que ninguna puerta pudiera detenerlo, tocando y tirando todo lo que encontraba al grito indígena de: “¿Eto que é?...” o peor aún “Eto e mío. ¡Ua-hhhh!...” mi mamá empezó a decir que cuando llegara el calorcito, le iba a enseñar a pedir.

Yo pensé que mi mamá se había vuelto medio tonta, porque si algo sabía hacer mi hermano, era pedir: “Quero aba, quero pete, quero upa, quero chiche...”

todo el santo día. ¿Quién quería que pidiera más cosas? Pero mamá insistía: “La primavera es un buen momento para pedir”.

Así que, siguiendo sus consejos, cuando llegó la primavera, yo empecé a pedir... de todo: ¿me comprás un helado?... ¿me llevás al cine?... ¿puedo ir a la plaza?... ¿puedo invitar a un amigo?...

A todo... me contestaban que no. Confirmé mi teoría de que mamá se estaba volviendo tonta: si con el calorcito uno puede pedir, pero a todo le dicen que no, el calorcito no es una buena época para pedir.

Dejé de pedir y me hice mudo en señal de protesta. Pero nadie se dio cuenta, y hasta me felicitaron por lo bien que me estaba portando.

Ya me estaba aburriendo de ser mudo, cuando descubrí que esto de “la primavera es un buen momento para empezar a pedir”, no iba dirigido a mí, sino al tonto de mi hermano, y que no se trataba de pedir cualquier cosa, sino exactamente pis y caca.

Mejor dicho: mi hermano tenía que anunciar que se iba a hacer pis o caca en los próximos treinta segundos, para que mi mamá saliera corriendo llevando a mi hermano con la cola al aire, manteniéndolo alejado (por las dudas), y lo embocara en una pelela.

Mi mamá siempre tuvo mala puntería. Nunca jugó al básquet, ni al fútbol, ni siquiera al metegol, así que tampoco embocaba nunca a mi hermano a tiempo.

Mi hermano regadera iba mojando a su paso todo lo que encontraba. Y yo les aseguro que no hay nada más desagradable que encontrar los autitos todos mojados de pis de hermano.

Hasta ese momento yo había odiado los pañales, porque siempre me tocaba a mí tirarlos a la basura (¡lástima que los hermanos no vengan también descartables!). Esto lo hacía arriesgando mi vida, porque para poder llevar los pañales sucios tenía que ir sin respirar, tapándome la nariz con la otra mano. ¿Y si me moría ahogado? Se ve que a mi mamá mucho no le importaba. Así que cuando me enteré de que mi hermano no iba a usar más pañales, creí que se habían acabado mis desdichas. En realidad, recién empezaban.

La cosa, según dice mi mamá, no es sencilla.

Todo comenzó el día en que ella sacó de un armario una pelela amarilla que, según dijo, yo también había usado (eso no se lo creí).

Mi mamá puso la pelela en el baño (eso estuvo bien, porque era una cuestión de pis), y ahí se lo llevó a mi hermano sin pantalones, sin pañales, y con un montón de juguetes.

Como ya dije, mi mamá se estaba volviendo tonta, porque una vez que lo sentó a mi hermano en la pelela, empezó a hacer un ruido raro. Estuvo tanto tiempo diciendo "psss...psss..." que yo creí que no iba a hablar nunca más.

Mi hermano parece que se

aburría, y en eso le doy la razón. El baño es divertido para jugar en la bañera, para salpicar, o para abrir la lluvia del bidé que es como una fuente, pero para estar sentado sin tocar nada, no sirve.

Cada vez que mi hermano intentaba pararse, mi mamá lo volvía a sentar y atacaba con el "psss...psss..." Conclusión: ni una gota de pis.

Mamá empezó a hacer esto varias veces por día. Siempre justo cuando yo tenía ganas de ir al baño... ¡y no me dejaba entrar! ¿Quién entiende a las madres? A mi hermano lo aplaudían si hacía pis y a mí no me dejaban entrar al baño.

Un día, de bronca, me hice pis encima. Me retaron, pero por lo

menos, mi mamá salió del baño.

Esa noche escuché que mi mamá le decía a mi papá que yo había tenido una regresión. ¡Qué mentirosa! Yo nada más había tenido ganas de hacer pis. Pero a lo mejor se decía así. Así que, al día siguiente, en la escuela, cuando quise ir al baño, le dije a la seño:

—Seño, tengo una regresión.

Ella se rió y no me entendió, así que me hice encima otra vez.

Me volvieron a decir que era una regresión. Entonces entendí que se llama regresión al pis que uno se hace encima. El que se hace en el inodoro, se llama simplemente pis.

Mientras tanto, pasaban los días y las cosas en mi casa seguían igual o peor. Mi hermano

esperaba que le pusieran los pantalones y recién entonces, y en el lugar menos pensado, provocaba su inundación. Mamá se había transformado en una especie de bruja que corría por la casa con el cepillo y el trapo de piso en la mano. Esa mamá no me gustaba. Mi casa se había transformado en una trinchera de muebles amontonados “para que el nene no pase” y no moje la alfombra, el piso de madera o los sillones del living. Mi cama se había transformado en el inodoro preferido de mi hermano. Y todo, pero todo, iba teniendo un olor más horrible que los pañales. Estábamos en plena guerra, y mi hermanito y su pis nos estaban venciendo.

Mamá no hablaba de otra cosa,

y ya me tenía cansado con eso de “¿vamos al baño?... ¿quieres pis?... ¿pipí?... ¿psss?... ¿pichín...?”

Para colmo, parece que si uno se enoja con los nenes chiquitos cuando se hacen pis encima, se ponen medio tarados para siempre. Debe ser por eso que cuando mi hermano se hacía, todos aplaudían y se reían.

Yo un día probé decirle con toda dulzura:

—Si te volvés a hacer pis en mi cama, ¡te reviento!

¡Y me dio resultado! Ahora tengo un poco de miedo de que quede tarado para siempre, por eso no se lo conté a nadie. De todas formas, nadie me hubiera escuchado: ¡si hasta se olvidaban de cortarme la carne a la

hora de cenar porque había que llevar a mi hermano al baño! Si hasta mi abuela, que antes lo primero que me preguntaba era “¿cómo te fue en la escuela?”... ahora decía: “¿y?... ¿pidió?...”

Agarré y me enfermé. La fiebre es más grave que el pis. Durante dos días tuve más mamá, pero mi gripe fue muy corta y volvimos a lo mismo.

Un día, cuando estaba por entrar al baño, vi que mi hermano me seguía... Ahí se me ocurrió la idea más genial que tuve en mi vida: agarré a mi hermano, lo paré al lado mío, le bajé los pantalones y le mostré como Yo hacía pis. Mi hermano, muerto de risa, ¡dejó escapar su chorrito!!! Mojó por todos lados, pero qué me importaba. Por un largo rato,

esa tarde, no hubo corridas, ni trapos, ni charcos.

Guardé el secreto. Estaba seguro de que si mi mamá se enteraba lo iba a arruinar todo con la pelela. Lo volví a llevar una y otra vez, y en todas dio resultado.

Como yo a veces no tenía ganas, empecé a tomar agua y más agua para poder hacer tanto pis como mi hermano. Tener la panza llena de agua era mucho mejor que tener los juguetes todos llenos de pis.

Para que mi mamá creyera que mi hermano hacía solo y en la pelela, yo mismo la llenaba con agua. Nadie se hubiera imaginado que mi hermano usaba el inodoro, y yo no quería contarlo.

Recuperamos la paz, la casa y

a mi mamá. Los años que duró esta tragedia fueron los peores de mi vida. Mamá siempre cuenta que mi hermano es muy maduro, y que aprendió solito y en una semana.

Mentiras: le enseñé yo, y tardó años.





**Mi hermana y los cuentos**

**Historias de Martín  
y su hermanita Florencia**

Si hay algo insoportable en mi hermanita, es su manía de contar cuentos.

No entiendo cómo mi abuela, que es su víctima preferida, puede aguantarla. ¡Y eso que mi abuela sabe de cuentos un montón! Pero al lado de mi hermana, se pone tan tonta como ella, y hace caras de “¡qué interesante!”... “¡ay! qué susto”... “pero ¡qué sorpresa!”... por cosas que son una pavada, o se ríe a carcajadas con los chistes menos chistes que yo haya escuchado.

Yo, por lo general, me salvo:



cuando mi hermana me viene a contar un cuento, le hago un poco de burla y enseguida se va llorando. Aunque a veces la tengo que escuchar un rato para que me deje tranquilo.

Como anoche, que mi hermana se vino a mi pieza diciendo que me iba a contar un cuento para que me pudiera dormir.

Le dije que muchas gracias, que no necesitaba ningún cuento para dormir porque ya estaba muerto de sueño... pero no se fue.

Le dije que mejor me lo contara mañana... pero no se fue.

Le dije que la iba a echar a patadas... pero no se fue.

Le dije que me lo contara... y me lo contó.

Empezó diciendo que era un

cuento de príncipes y princesas que le había contado la maestra. Que era de príncipes y princesas le creí, porque no sabe contar otra cosa. Que se lo había contado la maestra, no, porque siempre inventa todo.

Me hizo sentar en la cama y empezó:

— Había una vez una princesa que se llamaba Teresa, que se quería casar con un príncipe que se llamaba Felipe.

— ¿Y?... —le pregunté yo, para apurarla.

— ¿Y qué?

— ¿Y qué pasó?

— Que se casaron —me contestó, como si yo fuera tonto y ella muy viva.

— ¿Cómo que se casaron? — insistí.

—Así, nene: que el príncipe Felipe se casó con la princesa Teresa.

Otra vez me trató de tonto.

—¿Y el cuento?

—Terminó —contestó simplemente.

—¿Cómo terminó? —le pregunté sin poder creer que me hubiera salvado de un cuento interminable.

—Así terminó: que la princesa Teresa se casó con el príncipe Felipe.

Y ahí aproveché la oportunidad para recordarle que ella no sabía contar cuentos, que los cuentos se empiezan por el principio y no por el final, y que si quería contar un cuento, tenía que contar TODO lo que le había pasado a la princesa.

No sé por qué cometí ese error: me empezó a contar TODO lo que le había pasado a la princesa.

— La princesa nació un día a la mañana, y su mamá al verla le dijo: “¡Qué hermosa princesa! Te llamarás Teresa”. Y la apoyó sobre la mesa.

Esto lo agregé porque le encanta hacer versitos, pero inmediatamente le hice ver la estupidez que había dicho:

— ¡¿Qué?!... ¿Se la iba a comer a la hija? —le pregunté.

—No, nene, le iba a cambiar los pañales porque era chiquita.

Debo reconocer que la respuesta fue inteligente, pero siguió con los versitos:

—Teresa, quedáte quieta, que te voy a dar la teta.

Eso fue demasiado. Me quería

hacer creer que la maestra le había contado un cuento ¡con la palabra “teta”!... ¡Si esa palabra no se dice en los cuentos! ¡¡¡Teta!!!

Le dije mentirosa, inventora, pero no le importó.

Sólo sirvió para que se trabara, y repitiera cien veces lo mismo:

— Entonces, la princesa comió y comió, y después se durmió y después se despertó y lloró, y entonces comió y comió, y otra vez se durmió y se despertó, y otra vez lloró y comió, y otra vez se durmió...

La destrabé con un almohadazo en la cabeza, y le expliqué con paciencia, como hace mi abuela, que me tenía que contar las cosas importantes que pasaban en el cuento: por ejemplo,

cómo la princesa Teresa había conocido al príncipe Felipe. ¿Y saben qué me dijo?:

—Un día, la princesa se puso un sombrero... y justo pasaba un heladero —dale con los versitos—. Era Felipe.

¡Me dijo que Felipe era un heladero, la mentirosa! ¡Si ella había dicho que Felipe era un príncipe!

Esta vez esquivó el almohadón que le tiré, pero se dio cuenta de que yo estaba furioso, porque trató de arreglarla enseguida.

—Lo que pasó —me explicó tartamudeando— es que Felipe era un príncipe... pero una bruja... muy mala... lo había convertido en heladero.

Era razonable. La dejé seguir.

—Entonces Felipe le preguntó al vigilante...

—¿Quién era el vigilante?  
—pregunté impaciente.

—El vigilante era el rey —me contestó.

Creí que había entendido: la bruja muy mala también había convertido al rey en vigilante. Pero no: ella dijo que el rey era rey y vigilante, las dos cosas. Eso ya no fue razonable, pero la dejé seguir:

—Y entonces Felipe le preguntó al vigilante: “¿Quién es esa?”... “Es Teresa, la princesa”. “¡Qué belleza!”—¡ufa con los verisitos!—. Y entonces se enamoraron y se casaron. Terminó.

—¡¿Y la bruja?! —le pregunté.

—No, bruja no había —me contestó lo más tranquila.

Ahí los almohadonazos fueron varios. ¿Qué se creía? ¿Que

yo era tonto? Primero me dice que había una bruja, después me dice que no había. Una cosa es aguantar un cuento y otra muy distinta es que tu hermana chiquita te tome el pelo.

Creo que se asustó, porque trató de arreglarla, pero le salió mal:

—Lo que pasa es que era verano —me dijo.

—Sí, ahora me vas a decir que con el calor, la bruja se derritió como un helado.

—¡No! Como era verano, la bruja no estaba. Se había ido de vacaciones.

Ya no quise escuchar más. Me metí en la cama y me tapé la cabeza con la almohada. Pero ella no estaba dispuesta a frenar hasta el final.

—Pero antes de irse —siguió— le dijo a Felipe: “Si vos vendés muchos helados, te podés convertir en príncipe otra vez. Y Felipe le vendió muchos helados al vigilante que era gordo, y se convirtió en príncipe y se casó con Teresa. Y colorín colorado, se tomaron los helados.

Y ahí se me ocurrió la mejor venganza: saqué la cabeza de abajo de la almohada y le dije:

—Pero ese cuento no puede terminar así.

—¿Por qué? —me preguntó. (Yo sabía que iba a caer en la trampa.)

—Porque el que come y no convida, tiene un sapo en la barriga.

Mi hermanita se fue llorando, y yo me fui a dormir. Pensé que por unos cuantos días me iba a

salvar de los cuentos, pero me equivoqué: apenas se levantó a la mañana siguiente, me dijo que mientras dormía se había acordado bien de cómo era el cuento, y que yo tenía razón: la bruja no se había ido de vacaciones, se había enfermado de sarampión.

Y ahí nomás, entre tostadas y sorbos de café con leche, me lo volvió a contar.



**La cola de Federico**  
**Historias de Federico**  
**y su hermana Lucía**

Cuando yo nací era un chico normal, pero a los tres años me salió una cola que todavía tengo pegada.

Una cola es algo muy incómodo, que no te deja jugar tranquilo, no te deja estar con tus amigos, no te deja llegar temprano a la escuela, ni andar en bicicleta, ni jugar a la pelota, ni nada de nada. Siempre tenés que estar arrastrándola, cuidándote para no pisarla y para que no la pisen los demás, y tratándola bien para que tu mamá no te rete.

Mi cola se llama Lucía y tiene

ocho años, exactamente tres menos que yo.

Hasta que nació Lucía, yo era un chico como cualquier otro, con una mamá y un papá para mí, un cuarto para mí, mis juguetes, mi cama, mis dibujos, mis abuelos, todo mío, mío, mío. Pero llegó el plomo (ese nombre, para mí, le queda mucho mejor que el de Lucía) y empecé a perderlo todo de a poquito. Todo no, porque me gané una cola.

Primero perdí mi cuarto, porque, en cuanto nació, metieron al lado de mi cama una cuna horrible, con patitos o gatitos o algo así, que me impidió para siempre hacer largas filas de autitos, usar el triciclo o gritar hasta quedarme afónico, porque "la bebida se despierta".

Claro que inventé un juego nuevo que me divertía más que los otros. Yo no soy de achicarme frente a las dificultades. Era algo parecido al básquet y consistía en pararme junto al placard y embocar la pelota en la cuna de mi hermana. Era buenísimo.

Pero me duró poco, porque un día la desperté de un pelotazo, y mi mamá me lo prohibió. Yo no tenía la culpa si mi hermana no sabía atajar.

Por ese entonces fue cuando sentí que empezaba a tener cola.

Cuando creció un poquito, también perdí la cama: me la vendieron y me mandaron a dormir al suelo. ¡Bah!... a una cama que sale de abajo de la de ella, pero como al sacarla ocupa todo el cuarto, siempre está guardada.



Cualquiera que entre a mi cuarto puede darse cuenta de que yo no tengo cama.

Después perdí el triciclo. La cola empezó a subirse cuando todavía no llegaba con los pies ni a los pedales. Y no sólo se lo tenía que prestar, sino que además, la tenía que empujar para que anduviese.

Tenía que dejar cualquier cosa que estuviera haciendo, pero cualquier cosa, para que la cola no empezara a llorar como una marrana, por el simple hecho de tener las piernas cortas y no poder pedalear. No era mi culpa que ella fuera enana, pero yo tenía la "obligación" de ayudarla "por ser el más grande". Eso decía mi mamá.

Siempre sospeché que durante mucho tiempo ella ya alcanza-

ba a los pedales, pero encogía las piernas nada más que para molestarme.

Al fin se aburrió del triciclo: el día que a mí me regalaron la bicicleta.

En el cajón de los juguetes nunca podía encontrar un autito que no estuviera enredado en el pelo de una muñeca. No había una sola rueda de todos mis autos que girara, porque esos inmundos pelos de plástico se enredaban en los ejes y las ruedas quedaban duras para siempre. Claro, ella tampoco tuvo nunca una sola muñeca con pelo. ¡Para desenredar un auto había que tirar tanto!...

Igual, no le importaba. Tenía todo el cuarto lleno de esos juguetes de nena que ocupan un montón de lugar, pero ella prefe-

ría jugar con MIS JUGUETES. Los cochecitos, camitas, cocinitas, changuitos, tablitas de planchar, bañaderitas, cunitas, roperitos, armaritos, lavarropitas, heladeritas, mesitas, sillitas, silloncitos y etceteritas, sólo estaban en mi cuarto de adorno, porque la señorita prefería jugar a la pelota.

Y la cola creció más, y me la tuve que llevar al jardín. Como era la primera vez, y al único que conocía en todo el jardín era a mí, cuando mi mamá se iba, ¿adónde se quedaba?... Al lado mío.

En vez de jugar en su salita, con sus compañeritos y su señorita, jugaba en mi salita, con mis compañeritos y mi señorita. Usaba mi plastilina, arruinaba mis dibujos, destruía mis construc-

ciones, tomaba de mi vaso y se comía mis galletitas. Y yo tenía que dejarla porque era el “más grande”.

Claro que esto no duró toda la vida: cuando se aburrió de estar conmigo, se fue a su sala, con su maestra... y se transformó en la reina del jardín. Yo dejé de ser Federico para pasar a ser “el hermano de Lucía”.

Por suerte, en primer grado no aceptaban chicos con cola, así que no pudo venir conmigo.

Yo era un chico normal hasta que sonaba el timbre del último recreo. Ahí aparecía ella. Como salía una hora antes, tenía que quedarse a esperar a mi mamá. ¿Y dónde se quedaba? Al lado mío.

Con su bolsita colgada del cue-

llo, y sin decir nada, entraba al grado y se sentaba en mi banco. Jamás pude aprender lo que la maestra enseñaba en la última hora, tan ocupado estaba en que la cola no me ensuciara el cuaderno, no me tirara la cartuchera al suelo, ni me pegara un moco en el libro de lectura. Y siempre, pero siempre, tuve que pedirle el cuaderno a un compañero para copiar la tarea.

—Eso te pasa por distraído— decía mi mamá. Eso me pasa por tener cola, pensaba yo.

Cuanto más crecía yo, más crecía ella. Ir y volver del colegio arrastrando una cola es realmente complicado: no te deja caminar ligero, o se te pone adelante y la pisás. Tenés que cuidarla al cruzar la calle, y sobre

todo, tenés que tratar de que la cola no moleste a los demás.

Pero lo peor, lo peor de tener cola, es tener que llevarla siempre pegada cuando uno va a jugar con sus amigos.

Si salimos a andar en bici, siempre soy el último, porque como ella pedalea despacito, tengo que quedarme a esperarla. Más de una vez me tuve que volver a casa, porque cuando llegué a la esquina todos los demás habían desaparecido y no los pude encontrar.

Si jugamos al fútbol (juego poco apropiado para niñas, y nada apropiado para niñas chiquitas), la cola es siempre el arquero de mi equipo, y por supuesto, yo siempre juego en el equipo que pierde.

Si voy a los jueguitos, le tengo que dar la mitad de mis fichas. Como las pierde enseguida, después, tengo que dejarla jugar conmigo. Y si no la dejo, me aprieta todos los botones y me hace perder. Igual me hace perder.

No tengo muchas esperanzas de perder la cola cuando crezca. Ya escuché varias veces ese chiste de los grandes que dice que voy a tener que llevarla a bailar. Yo no le veo la gracia. Me muero de vergüenza de sólo pensar que las chicas me puedan ver con cola.

Igual, creo que ya me acostumbré. Hace dos días que la cola se fue a la casa de mi abuela, y yo me siento raro. Creo que la extraño un poco...

Después de todo, es una linda cola, y es mía.





# **Mi hermana tiene novio**

**Historias de Pablito  
y su hermana Carolina**

En una reunión de grandes que hubo en mi casa, escuché que una amiga le decía a mi mamá lo mismo de siempre:

— ¡Qué grandes están los chicos! (Es decir: yo y mi hermana Carolina, que ya tiene doce.)

No me sorprendió, porque los grandes siempre dicen la misma frase tonta “¡Qué grandes están los chicos!”... cuando todo el mundo sabe que los chicos crecemos, y que si hace un año que no nos ven, seguro estamos más grandes. Lo inteligente sería hacer algún comentario si

nos vieran más chiquitos, pero eso nunca sucede, porque nosotros no nos achicamos, y también porque los grandes nunca hacen comentarios inteligentes.

Lo que sí me sorprendió fue lo que la amiga de mi mamá dijo después:

—Carolina está en plena edad del pavo.

Nunca me hubiera imaginado que esa señora pintarrajeada y llena de pulseras tuviera el más mínimo sentido del humor. Lo que dijo me encantó: mi hermana era un PAVO, o mejor dicho, una PAVA. Esto coincidía exactamente con lo que yo pensaba.

La copié y empecé a llamar a mi hermana “pava” o “pavota”, pero cuando mi mamá se enteró (porque, por supuesto, la bucho-

na de mi hermana se lo dijo) recibí flor de reto. Toda una injusticia, porque mi mamá no se enojó con su amiga cuando le dijo que Caro estaba en la edad del pavo... Es más, hasta se rió. Pero no es la primera vez que me pasa: ya estoy aprendiendo que en este mundo, las leyes para chicos, son bien distintas y mucho más injustas, que las leyes para grandes.

Lo que más me sorprendió es que mi mamá dijera que Carolina no era ninguna pavota, sino que, muy por el contrario, “Carolina ya era toda una señorita”.

Mi mamá dio por terminado el tema, sin que a mí me quedara muy claro qué tenía que ver esto de “estar en la edad del pavo” con “ser una señorita”, así que le

pedí a mi maestra que me lo explicara. Ella sí era una señorita, y seguro lo tenía que saber.

—Seño —le dije— ¿usted está en la edad del pavo?

Me dijo que no, y se echó a reír. Este chiste del pavo sólo lo entendían los grandes.

Mi papá, que seguro no estaba en la edad del pavo porque no era una señorita, me dio una explicación rarísima acerca de las nenas que iban a tener bebés, y que de golpe les aparecen tetas como a mi mamá. Pero eso no tenía nada que ver con lo que yo quería saber.

Lo único cierto de todo esto, es que a mi hermana, desde hacía un tiempo, le había dado por hacerse la grande. De golpe. Eso es lo que más me molestó. Un

día se levantó y ya no quiso jugar conmigo a las escondidas en la vereda, no quiso hacer competencias para ver quién aguanta más haciendo la vertical, no quiso patearme penales, no quiso jugar a las cartas, no quiso nada de nada.

Y lo que es peor: no me dejó más entrar a su cuarto...“porque quiero estar sola”; no me dejó más ver los dibujitos...“porque me pierdo la novela”; y no me dejó estar en su cumpleaños...“porque vamos a bailar y vos molestás”.

Hizo todo eso de golpe. De golpe no quiso ser más mi hermana. Y juro que yo no le había hecho nada.

Yo no sabía si hacía todas esas tonterías nuevas porque era to-



da una señorita, o porque estaba en la edad del pavo, aunque me inclinaba por esto último.

Antes, cuando todavía era mi hermana, si ella se enojaba conmigo, yo sabía muy bien qué tenía que hacer para molestarla o para que se amigara. Pero lo que estaba pasando ahora era raro, muy raro. Y a mí no me daba por enfurecerme, como siempre, sino por ponerme triste.

No me daba por enfurecerme hasta un día en que se me vino todo el enojo del mundo junto.

Fue un día en que yo no había ido a la escuela, y la estaba esperando en la puerta de mi casa. Me había sentado en el umbral y estaba tratando de hacer funcionar mi yo-yo.

De repente la vi venir por la

otra cuadra. Pero no venía sola: venía con el tarado-imbécil-idiota-estúpido de Nicolás. ¡Y venían de la mano!

Entendí enseguida que el tarado-imbécil-idiota-estúpido de Nicolás y mi hermana eran novios, porque yo no soy ningún tonto, y sé que ser novios es caminar de la mano y también darse besos.

No creía que el tarado-imbécil-idiota-estúpido de Nicolás se atreviera a besar a mi hermana. Pero me equivoqué: llegó a la puerta de mi casa y le dio un beso. Y mi hermana, en vez de limpiarse con la mano como cuando la beso yo, le hizo una sonrisa boba y un chau con la mano, más bobo todavía.

Yo me hice el que no había

visto nada, y me concentré en mi yo-yo. Pero el hilo estaba definitivamente enredado, y cuanto más tiraba, más fuerte se me enroscaba en el dedo. Me moría de ganas de llorar, porque me dolía el dedo, porque se me había enroscado el hilo, y... por nada más. Pero ni loco iba a llorar adelante de ellos. Hacía fuerza con las lágrimas para adentro. Pero mi hermana lo arruinó todo cuando dijo:

—¡Uy! ¡Pobrecito!... ¡Mirá cómo se le enroscó el hilo!

Fue suficiente. Se me escapó una lágrima. Y como es sabido, una lágrima nunca sale sola, son por lo menos dos: una de cada ojo. Y a veces, como en este caso, un chorro de lágrimas acompañadas con mocos, que no

hay cómo parar. Por suerte eran lágrimas sin hipo.

Ahí fue cuando el tarado-imbécil-idiota-estúpido de Nicolás quiso hacerse el piola para impresionar a mi hermana, y tirando de mi yo-yo, dijo:

—Traé, a ver... que yo te lo desenrosco. No te preocupes, a mí, cuando era chiquito, me pasaba lo mismo.

¡¡¡Cuando era chiquito!!! No tuve fuerzas para darle una patada en el tobillo, aunque me moría de ganas, ni tampoco para decirle que yo podía solo, porque me moría de miedo que apareciera el hipo.

Le di el yo-yo deseando que se le enroscara en el dedo a él también, y si era posible, en la garganta.

Pero otra vez me equivoqué: rápidamente el hilo quedó derecho, con el yo-yo colgando de la punta, y él estaba envolviéndolo otra vez y preguntándome si yo sabía hacer la hamaquita.

Le dije que no con la cabeza. Entonces, el tarado-imbécil-idiota-estúpido de Nicolás hizo la hamaquita, el dormilón, la vuelta al mundo, y no sé cuántas pruebas más, mientras mi hermana se reía y aplaudía con cara de boba, y yo pensaba que el yo-yo era el juego más aburrido del mundo.

Finalmente me lo devolvió, le dio otro beso a mi hermana (beso que tampoco se limpió) y se fue, no sin antes recibir un buen golpe de yo-yo en la espalda, que yo le di sin querer.

Mi hermana entró a casa furiosa conmigo. Me tiró del pelo. Yo le pegué. Ella me la devolvió. Yo lloré. Mi mamá la retó a ella... y a mí también.

Fue la mejor pelea de mi vida: había descubierto qué hacer para volver a tener hermana.

Aprendí nuevos métodos para hacerla rabiar: esconderle las hebillas, robarle las cartitas que le mandaba el tarado-imbécil-idiota-estúpido de Nicolás, decir que no estaba cuando él la llamaba por teléfono, o gritarle al lado de la oreja cuando sabía que estaba hablando con él.

Por supuesto que no logré jugar con ella a las escondidas nunca más, ni tampoco que el tarado-imbécil-idiota-estúpido de Nicolás dejara de ser su novio.

y su hermana Carolina

Pero esto es así porque Carolina está en la edad del pavo, qué quiere decir eso, ya lo entendí: que tiene novio.

Pero a mí no me importa, porque ahora, soy el campeón de yo-yo de mi grado.



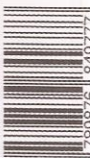
## Indice

Carta a los chicos	5
Hermanita	
Historias de Nicolás y su hermanita Malena	11
Mi hermano y la guerra del pis	
Historias de Lucas y su hermanito Matías	29
Mi hermana y los cuentos	
Historias de Martín y su hermanita Florencia	45
La cola de Federico	
Historias de Federico y su hermana Lucía	59
Mi hermana tiene novio	
Historias de Pablito y su hermana Carolina	73

Estos libros son para:

- Los valientes que leen solos.
- Para los curiosos que recién empiezan, pero saben pedir ayuda.
- Para los pininos que no distinguen la O de un huevito, pero pueden pedir que se los cuenten.
- Para los chicos que quieren libros “todos llenos de letras”, como los de los grandes.

ISBN 978-987-684-977-7



9 789876 849777

www.colihue.com.ar



800

F

6